

CATALUÑA Taurina

BARCELONA * 20 de diciembre de 1966 * SUPLEMENTO NUMERO 3



UN «AFICIONADO» CATALAN DEL SIGLO XVIII

ANTONIO CAPMANY

Ahora que «Cataluña taurina» combate por el prestigio y la solera de Barcelona, quisiéramos evocar a una figura ilustre: a don Antonio Capmany y Montpalau, uno de nuestros más altos valores intelectuales del siglo XVIII y que continuó proyectando su acción en el siglo XIX. Don Antonio Capmany, catalán por los cuatro costados, pertenece a la corriente de Los Ilustrados españoles. Lleva al estudio de la Historia de Cataluña un criterio científico y moderno. Edita libros tan fundamentales como las «Memorias históricas sobre la Marina, el Comercio y las Artes de la antigua ciudad de Barcelona». Da a la estampa el «Consolat del Mar», libro aún de consulta.

Pues bien; este varón sabio e Ilustrado, que se educó sobre libros franceses (de esa lengua escribió una Gramática), cuando la Francia napoleónica invadió nuestro suelo se puso al lado de los patriotas españoles. Redactó varios libros contra Napoleón, entre ellos su ardiente y viril «Centinela contra los franceses». Figuró como miembro relevante de las famosas Cortes de Cádiz, en las que intervino con elocuencia en diversas ocasiones.

Dos escritos se conocen de don Antonio Capmany y Montpalau, en los que exalta las corridas y demuestra su taurofilia. El primero se titula «La verdad, esclarecida»; se trata de un valiente alegato contra los que hablan mal de las «bárbaras» corridas españolas. Se muestra en este escrito partidario de mantener y fomentar las ancestrales costumbres de los pueblos, raíces de su alma.

Más claramente descubre su pensamiento en otro célebre documento; lo tituló, para que nadie se llamase a dudas, «Apología de las fiestas públicas de los toros». Don Antonio Capmany, ardiente patriota, que todo lo había sacrificado por España durante la dominación francesa sobre parte de nuestro país, se rebela contra la necia costumbre de maldecir de algo tan español como nuestras corridas. Y escribe: «Que los extranjeros censurasen a la diversión española se les podía disculpar de algún modo. Mas no a nuestros intrusos jueces del buen gusto, seguidores ciegos de costumbres foráneas, sean frívolas o ridículas.»

Juntado, como buen Ilustrado, razones económicas y sociológicas, señala: «Su producto no sale del Reino; su aparato es manufactura nuestra; su vista no afemina a los hombres.»

Y, por último, como buen aficionado, afirma que a las corridas no se va a ver cómo los toros acaban con los diestros, lo cual no sería educador y sí nocivo. «El público — escribe el ilustre catalán — no va a ver morir, sino a ver como no se muere.»

Cuando en Cataluña se crean tantas Peñas, muchas veces dedicadas a ídolos con los pies de barro, nos gustaría una entidad taurina puesta a la sombra del nombre de este gran aficionado de los períodos históricos de la Ilustración y romántico.

R. M.



ESCALPURA.—Talla de torero antiguo, obra de Martí-Sabe, gran escultor catalán, que actualmente se expone en el Club-Arte de Radio Barcelona. Martí-Sabe es un valor de nuestra joven estatuaria.

VILLANCICO TAUROFILO

¿Y si el buey, que a Tus plantas,
descansa, enamorado
junto a la mansa mula
fuera torillo bravo?

¿Y si al buey, que calienta
Tu cuerpo con su vaho
le creciera en las astas
un furor desbordado?

Dios-Niño, entre pajuelas
respondería, soñando:
—Como él moriré
mártir y ensangrentado.
(La arena de mi plaza
es el Monte Calvario.)

Rafael MANZANO

CARTA AL SR. ARANDES BARCELONA Y TV AL FONDO

Una de las aspiraciones de la gran familia catalana era disponer desde el primer instante de propia emisora de TV; esa noble aspiración se demostró cuando aún no funcionaba la red nacional de TV, planteándola ante Pleno de la Diputación el malogrado Alcalde de Sabadell, don José María Marçet. Gracias a la participación económica de la Diputación y a la generosidad del Municipio, así como a la comprensión de las autoridades nacionales, Barcelona, y por ella Cataluña, disfrutó, con enorme beneficio para la comunidad española, de voz propia y calificada.

Ahora bien; si la emisora de Montjuich ha venido realizando altos e impecables servicios al país desde su instalación, no hemos tenido la misma suerte en lo que se refiere al espectáculo taurino. Hace dos temporadas pareció que se iba a romper el maleficio, al montarse una espléndida emisión taurofílica, titulada «¡A los toros!», y llevada por dos claros varones de nuestra Fiesta nacional, el joven periodista Juan Segura Palomares y el veterano y siempre correcto Mario Cabré.

¿Qué pasó con esta emisión taurina, concebida y realizada desde Barcelona, aunque pensada para toda España? No lo sabemos; hay quien habla de un «ukase» recibido; otros, de que se invadieron «terrenos» ajenos. Sin duda, habladurías de las tertulias. Lo que sí es cierto es que de buenas a primeras, sin notificación alguna, y cuando el espacio iba alcanzando sus puntos de madurez necesaria, fue retirado de la «pequeña pantalla».

A partir de entonces Barcelona ha venido quedando huérfana por completo de informaciones televisadas no sólo en su plaza (excepto algunas imágenes sueltas y aisladas, transmitidas desde Madrid y, muchas veces, con informaciones equivocadas), sino en el vasto despliegue de su universo taurino. Barcelona puede hacer sonar su palabra — y así lo hace con singular prestigio — en el mundo del fútbol por Juan José Castillo; pero sufre de aфонía en lo que respecta a disponer de una voz calificada en el mundo del planeta de los toros.

No creemos que en este universo de las «exclusivas» exista tan perniciosa modalidad en la TV. Y, mucho menos, cuando la política, según se advirtió en las no muy lejanas palabras de Su Excelencia el Jefe del Estado en San Sebastián, se orienta hacia una sana «descentralización», que permita un mayor juego de los valores y matices periféricos.

Señor Arandes: desde este espacio de «Cataluña taurina», dispuesto a recoger las palpitaciones de los aficionados de la región, nos atrevemos a preguntarle: ¿qué pasó con la emisión «¡A los toros!»? ¿Por qué no vuelve a la «pequeña pantalla»?

Mientras no nos conteste, señor Arandes, usted será nuestro «Emplazado»...

Juan DE LAS RAMBLAS

VICTORIANO VALENCIA

¡El torero de las faenas memorables!



Como todos los años, una faena
realizada por Victoriano fue
«la faena de la temporada» 1966:

FERIA DE GUADALAJARA, 26 DE SEPTIEMBRE



TOREANDO ASI SE COMPRENDE QUE EL TOREO SEA UN ARTE

CAMPANITAS DE CAIRELES

TOREROS Y APODERADOS ANTE LA NAVIDAD Y REYES

Cuando días pasados se celebró el festival de Barcelona, la ciudad se estaba vistiendo de luces para conmemorar las fiestas de la Navidad y Reyes.

Sentimos curiosidad por conocer la forma en que celebrarían esas fiestas tradicionales los toreros, esos hombres que cada día se acercan a Dios un piquito más que los demás, porque sus vidas están en juego cada tarde entre derrotes al sol, porque ellos saben de carnes abiertas y sueños de quirófanos y también de regresos con besos que humedecen labios resecos por angustias y temores.

El próximo sábado, cuando a la medianoche los sacerdotes de Dios levanten las hostias al cielo en la Misa del Gallo, los caireles de los trajes toreros tintinearán como campanitas de oro o de plata, en sonidos sólo para sus dueños audibles, entonando aleyas de noche de paz.

Muy lejos estarán a esas horas las plazas redondas de rojas barreras y arenas doradas; las tardes de gloria o fracaso. Pero ¿hasta qué punto? Ellos, los toreros y los apoderados—esos otros hombres que marcan destinos—nos han contestado. A todos les hicimos las mismas preguntas. En conjunto, aunque por separado, todos nos han dado la misma respuesta: Paz, hogar y familia. ¡Es la Navidad!

M. de T.

Nuestras preguntas fueron:

- ¿Dónde pasará la Navidad?
- ¿Cómo la celebra?
- ¿Pone Nacimiento o Árbol?
- ¿Qué le pedirá a los Reyes?

Estas fueron las respuestas:

JAIME OSTOS

- En Sevilla, con mi mujer y mis hijos.
- En la intimidad de la familia y la compañía de algunos buenos amigos.
- Ponemos árbol y ponemos un Nacimiento para los niños.
- Suerte y salud para los míos y que a mí me respeten los toros. Es bastante.

FRANCISCO RIVERA «PAQUIRRI»

- En el campo, en la huerta que tengo cerca de Benalúa de Sidonia.
- Celebramos la Nochebuena. Vamos a Misa del Gallo y luego nos reunimos la familia, como cada año.
- Nunca hemos hecho Nacimiento ni hemos puesto árbol.
- Suerte para la próxima temporada.

D. JOSE FLORES «CAMARA»

- En Sevilla, con mi familia, mis hijos y parte de mis nietos.
- Vamos a Misa del Gallo, luego cenamos y nos retiramos a dormir.
- Hacemos un Nacimiento para los nietos y un árbol para los mayores.
- Lo que todos los años: mucha salud y mucha suerte.

D. JOSE FLORES «CAMARA», HIJO

- En Sevilla.
- En la más estricta intimidad. Vamos a misa, cenamos y... a la cama. Bueno; un par de copitas de champaña siempre caerán.
- Nacimiento. Lo hace mi esposa, aunque a la media hora está destrozado por los críos.
- Nada. Gracias a Dios, tengo de todo.

JULIO APARICIO

- En Madrid.
- Con la familia. Nosotros celebramos la Nochebuena. En casa nunca salimos este día.
- Mi hermana hace el Nacimiento.
- Un tren eléctrico.

ALVARO DOMEQ ROMERO

- En Los Alburejos, de

bajo de Torrestrella.

— Con la familia y toda la gente del campo. Hay misa y luego una pequeña fiesta; todo cosas de campo.

— Los niños de la escuela hacen un Nacimiento y cantan villancicos.

— No he pensado nada: suerte.

JUAN GARCIA «MONDEÑO»

- En Méjico, si Dios quiere.
- En paz y alegría.
- En casa hacemos Nacimiento. Lo hago yo, con ayuda de mis padres.
- Que me ayuden a llevar este camino de ilusión lo mejor posible y que puedan ir los niños menores de catorce años a los toros.

D. VICTOR MANUEL PEREZ «VITO»

- Si no se arregla lo de Méjico, con mi familia, en Sevilla.
- Sencilla y modestamente. Con mi mujer y la familia. Totalmente hogareña.
- No pongo nada porque no tengo chiquillos. En cambio, mi hermano Julio, como tiene cinco hijos, pone un Nacimiento espléndido.
- Muchas corridas para mis toreros. A mí, con que me dé la misma salud que tengo es bastante.

LUIS SEGURA

- En Madrid, con mis padres y mis hermanos.
- Con mucha alegría, porque ha habido mucha suerte este año. Junto a los míos. Iremos a Misa del Gallo y luego en familia.
- Nacimiento y árbol, aunque pequeñas las dos cosas.
- Que el año que viene, en Barcelona, venga lo que espero.

ENRIQUE PATON

- En Barcelona.
- En familia, como siempre. Son días de intimidad hogareña.
- Belén.
- Muchas orejas la próxima temporada.

MINUNI, EL «HIJO» DE PICASSO

SOBRESALIENTE DE REJONEADOR, NOVILLERO, BANDERILLERO Y BARMAN, POSEE UNA IMPORTANTE COLECCION DE OBRAS DEL MALAGUEÑO



Francisco Reyna —que de luces popularizó el apodo de Minuni— se fue hace un año del toreo, estableciéndose en la barcelonesa calle Escudillers.



Por mitad de la calle, vistiendo impecable terno, derecho como una vela, contoneándose como debió haberlo en sus años mozos por la de la Sierpe de su tierra, pasa cada tarde Minuni, camino del bar que ha comprado, repartiendo saludos o respondiendo a ellos, con el gracejo de su ceceante acento:

- Condió, Minuni...
- Adiós, Manuel... ¿Qué? ¿Cuándo sales? ¿Mañana?
- Minuni nació en Tomares (Sevilla) el año 1910. Su padre era primo de los Bombas y al chiquillo le picó muy pronto el gusanillo de la afición.
- Desde «mu» chico me iba a las capeas de Hinojos, de Aznalcázar, de La Algabe... hasta que, por fin, me vestí de luces. Fue en Constantina, para matar una vaca. Y, ¡qué vaca!
- ¿Me haces un café, Minuni? —solicita un cliente.
- Ahora te lo hace ésta, ¿no ves que estamos hablando? Por cierto —se dirige a mí—, ¿quiere usted un cafelito?

Francisco Reyna está en la procesión y repicando. Por eso no pierde el hilo de la conversación. Y sigue: —Después fui contratado por Fatigón, para matar los toros que rejoneaba Juanito Alós. Mire «usted». Juanito, usaba unas gafas de «in deo de gordas que se quitaba para salir a la plaza. Ya se puede usted figurar... —¿No quiso ser matador, Minuni? —Sí, señor; lo intenté. Una tarde maté un toro en Sevilla. Era un buen galán, de la Viuda. Torearon conmigo Diego de los Reyes y Gitanillo de Camas. Y una noche maté un toro rejoneado, que era un toro de verdad.

No se le dio eso todo lo bien que a él le hubiera gustado y se fue a Madrid, cambiando el oro por la plata o la seda. Se colocó fijo con Domingo Dominguín, que le regaló el primer traje de luces que Minuni vistió hecho a la medida. Luego, cuando dejó a Dominguín, toreó con aquel que necesitaba un

subalterno. Muchas veces lo hizo con Manolete, que llegó a ser gran amigo suyo. Y con Gitanillo y con Curro Caro y con Parrita. Se los recomendaba Manuel.

A propósito de esta amistad con el torero de Córdoba, se cuenta por Barcelona que, en algunas épocas, Minuni estrenaba casi a diario zapatos. Los amigos le preguntaban a qué se debía ese lujo. Minuni les respondía:

—Pero, si no son míos... Son de Manolete. Es que se los estoy «atentando».

Minuni, a partir de una Feria de la Merced que toreó a las órdenes de Parrita en la Monumental, se quedó definitivamente en Barcelona. Y aquí se hizo popular lo mismo que lo fuera en Madrid y antes en Sevilla.

DON PABLO

Fue Minuni a torear a la ciudad francesa de Arlés. Aquella noche se organizó una misa de juerga y un amigo llamó al banderillero de Tomares. Asistió a la reunión el pintor malagueño Pablo Ruiz Picasso. Y, como Minuni se canturrea la mar de bien y tiene salero hablando, le cayó en gracia al artista, naciendo una amistad que ahora es como de familia.

—Mire usted —dice mostrando cuadros, cerámica, libros y dibujos de Picasso—; toos dedicaos y toos igual: «A mi amigo Minuni» o «A mi hijo Minuni».

—¿Cómo es Picasso tratado íntimamente?

—El hombre más sencillo del mundo. Una vez, en Nimes, el toro me pegó una corná. No vea usted, un gujero así de grande. Los toreros —me callo los nombres— me dejaron en el hospital y se vinieron. Cuando se enteró don Pablo (Minuni siempre le llama así) fue a verme. Habló con los médicos y, yo no sé lo que les diría, pero lo cierto es que desde aquel momento estuve como en el mejor hotel. Al salir curado me entregaron un sobre con 50.000 francos que había dejado para mí don Pablo.

—¿Va a verlo con frecuencia?

—Siempre que puedo. He pasado en su casa temporadas. Una de las veces, don Pablo estaba rodando una película en Niza y yo le acompañaba a los estudios todas las tardes. Un día me dijo: «Mira, Minuni, este dibujo lo he pintado para ti, pero he pensado que si te lo llevas y lo vendes, no te van a dar lo que vale. Dime tú cuánto quieres por él». Yo le dije que no entendía de eso y entonces me dio un buen fajo de francos. Me valieron ciento ochenta y tantas mil pesetas cuando los cambié.

ANDALUCIA, BARCELONA, FRANCIA

Es curioso hacer un paralelismo entre los caminos seguidos por Picasso y por Minuni.

El pintor nació en Málaga, en la plaza de la Merced, donde empieza el barrio de la Victoria —o de chu

pa y tira—, vino a Barcelona, formando en «Els 4 gats» y frecuentando la casa de un amigo que vivía en la calle Escudillers, la de la picaresca de todos los ambientes.

Minuni nació en Tomares, a cuatro kilómetros de Sevilla —a dos pasos como quien dice—, vino a Barcelona y terminó estableciéndose en la misma populosa calle de la parte baja de la ciudad, donde Picasso pintaba.

Pero ambos se conocieron en Francia y fue el motivo los toros. Porque Picasso, como es bien sabido por sus muchos cuadros dedicados al tema, es un aficionado de siempre. Tanto, que Jaime Sabarés, su secretario y amigo, cuando escribió hace quince años el libro «Picasso, retratos y recuerdos», puso en lablos del malagueño, a propósito de una corrida que iban a ver en Frejus, lo siguiente:

«No te imagines que vas a ver una corrida de verdad. Eso de ahora no pasa de ser una de tantas mojigangas; parodias ridículas, juegos de salón y nada más. Esta mañana hemos estado viendo desencajonar los toros con éste. Parecen borreguitos. ¿No es verdad, tú?... Por de pronto podéis estar seguros de que no habrá sangre. Los toreros de hoy día lo saben hacer todo con precisión. Todo está medido y calculado. La emoción ha pasado de moda.»

Minuni, torero modesto que tuvo que viajar muchas veces, para regresar a su tierra, en los cajones vacíos en que habían llevado a los toros, pero que también tuvo que descubrirse muchas tardes para corresponder a los aplausos después de haber dejado los palos en todo lo alto, tiene ahora, en su pósito de junto a Montjuich, un museo picassiano que vale un capital. Y tras mostrarlo, antes de volver a poner cada cosa en su sitio, lo va acariciando con la mirada.

Mario DE TRIAS



SE NOS VA «LA ALEGRIA» DE HOSPITALET

LA PLACITA DE TOROS SE TRASLADA A SANTA COLOMA



GRUPO DE TAURINOS barceloneses formado por el mutador Carra, y los subalternos Herrerrita, Bojilla Chico y El Fatigas, adquiriendo figuritas de belenes en la plaza de la Catedral. (Foto VALLS.)

Vamos a darle a nuestros lectores una mala noticia; la plaza de toros, considerada como de Hospitalet —pero, en realidad, situada en el término municipal de Esplugas de Llobregat— ha sido trasladada. Terminado el contrato de utilización de los terrenos, se pensó colocarla en la zona de Hospitalet;

se entablaron negociaciones con los propietarios de unos solares. Sin embargo, no pudo llegarse a un acuerdo. Entonces, la placita, como es portátil, se ha desmontado y se está instalando en otro espacio muy denso de población emigrante de otras regiones españolas en Cataluña, en Santa Coloma.

Nos duele ésta decisión; ahora,

en invierno, no va a sentirse mucho el vacío de la plaza de toros, que Hospitalet, por muchos títulos consideraba como propia. Sin embargo, cuando los rayos del sol del estío anuncien las novilladas y fiestas taurinas, se notará mucho en nuestra urbe, su amarga ausencia.

Hospitalet, por su plural censo de población, en su mayoría andaluces, era un lugar muy a propósito para fomentar la fiesta taurina. Viven y trabajan en Hospitalet muchos novilleros, algunos de los cuales empiezan a destacarse; proliferan las tertulias taurinas; circulan de mano en mano las revistas taurinas. Se comentan las noticias alusivas a la fiesta nacional. Ahora, el vacío de la plaza de toros, trasladada a Santa Coloma va a ser un golpe fuerte para la sana afición hospitalense.

Para más acusada paradoja, la placita de toros, trasladada, se llamaba «La Alegría». He aquí, una «Alegría que pasa», como en la inmortal obra de don Santiago Rusiñol, y nos deja, con su recuerdo, una herida dolorosa en el espíritu.

Esperemos que Hospitalet reaccione y pronto vuelva a disfrutar de una nueva plaza de toros donde se ejerciten los aspirantes a emular las glorias de Cúchares y El Tato.

RODRIGUEZ PAREDES



La plaza de toros «La Alegría», que se trasladó a Santa Coloma.

EL DEDO DE COLON (Rumor y humor en las Ramblas)

En las Ramblas el rumor se hace torrente. Se acaloran los aficionados, como si en lugar de un pavo o un capón fuesen a comprar un toro bravo para la Nochebuena: «¡Cuatrocientas mil pesetas por una corrida de toros! ¡Ochenta mil duros por seis toros, en neto; sin cajones, sin divisas, sin moscas...!»

Ramblas abajo llevo el tema a la estatua de Colón. Le pregunto:

—¿Qué opina sobre lo que «se va a llevar» en 1967 por una corrida de toros?

—Ganas de complicar las cosas. Para conocer el precio de un toro hemos de dividir 400.000 entre seis, y nos da... sesenta y seis mil seiscientos sesenta y seis pesetas con seis seis, seis... ¡un número infinito!

—Sí, es una dificultad. Si los ganaderos pidieran 400.002 pesetas... podría salir un toro redondo por 66.667 pesetas. ¿No?

—No. Porque, redondos —cebados—, ya salen. Y, porque, dos pesetas más sería un precio abusivo. Que cobren 399.996. Cada toro saldría por 66.666 pesetas justas y se repartiría el simpático número «seis», que a mí me recuerda a un orondo y acaudalado señor, riéndose.

—Bueno, Almirante, hable en serio, y... señale.

El dedo de Colón apuntó hacia el cercano mercado de la Boquería:

—Mire, allí se pide estos días por un kilo de langostinos muchos billetes de cien pesetas. Quien desea langostinos y tiene los billetes, compra. Ley de oferta y demanda. Pero se venden y se compran... LANGOSTINOS. En cambio, en el mercado ganadero, la oferta es algo así: «¡Ahí tiene su media docena de huevos. Valen tanto y usted los paga. Puede que le salgan buenos o malos. No lo sabrá hasta que los parta. Pero no se admiten reclamaciones.»

—Oiga; señale hacia el campo ganadero y deje ya el mercado de abastos.

—Señalo. Por seis toros bravos se cobra el precio que se estima conveniente, sin garantía alguna de que sean... TOROS y BRAVOS.

—No puede haber garantía. Dicen que los toros son como los melones...

—Ahórrese el final. Conozco el cuento de los melones. Puede admitirse aisladamente, como golondrina que no hace verano. Pero, ya es... ¡mucha golondrina, mucho verano y mu-

cho melón! Tanto, que creo debería estudiarse esta nueva designación: «Ganadero de toros POSIBLEMENTE bravos».

—¿Tan prolífico es eso de los melones? Señale, Almirante. Con el dedo.

—Me atengo a las corridas de Barcelona. Casi todas las faenas premiadas al Viti fueron realizadas insistiendo, porjando, avivando el torero la pasiva combatividad de los toros. Esos tres gerundios se pueden repetir en otras faenas de otros espadas: no muchas, pues todos no tienen esa cualidad de sacar agua de donde no la hay. Y, si para que embista un toro, hay que tirar de una cuerda... ¡Ya me dirá si es bravo!

—Eso de los toros «poco combativos» se da también en otras plazas.

—Yo, solamente sé que ha ocurrido aquí con frecuencia. Y «aquí» vienen las mejores divisas. Y se paga por una corrida lo que piden por ella.

—En resumen. ¿Ese precio de 400.000 pesetas...?

—Condicionado por la garantía del producto; toros... BRAVOS.

—Pero, ¿y la edad? Nos hemos olvidado de ella. ¿Servirán... TOROS?

—Yo no he olvidado nada. He silenciado. Intencionadamente. Más vale así.

—¡Don Cristóbal!

—Sí. Porque si luego resultara que esas 400.000 pesetas son por una corrida de toros que han de ser novillos —porque la vida está muy cara—, e interviene la autoridad, y se han de echar nuevas cuentas... Para calcular el valor de un año tendríamos que dividir lo que vale cada uno por tres, y el resultado sumarlo a la cantidad anterior, y...

—Y... ¿qué?

—Que sesenta y seis mil, seiscientos sesenta y seis pesetas, coma, seis, seis, seis..., divididas entre tres, da... veintidós mil, doscientas veintidós pesetas, coma, dos, dos, dos... ¡Otro número infinito! Y la suma de esos números infinitos sería... ¡una cantidad que llegaría, desde aquí, hasta... más lejos de allá!

Y el dedo de Colón señaló Ramblas arriba. No sé si hacia el Tibidabo o hacia el Banco de España.

«PEP VENTURA»